



# ELIZABETH PETERS

**EL ÚLTIMO CAMELLO  
MURIÓ A MEDIODÍA**

*Amelia Peabody en otro caso*



Es verdad; el último camello se ha ido, dejando a Amelia, Emerson y Ramsés horneándose bajo el sol del desierto en el invierno de 1897. Armados con una nota y un mapa misterioso, han sido mandados a localizar a un aristócrata inglés perdido y a su mujer, quienes desaparecieron hace una década. En este homenaje a H. Rider Haggard (las Minas del Rey Salomón), la familia marcha al desierto donde la supervivencia depende de resolver un misterio tan viejo como el Antiguo Egipto, y donde conocerán a una joven, Nefret, que se unirá a su familia y cambiará sus vidas para siempre.

Esta vez, Amelia, su guapo y valiente marido, Radcliffe, y su precoz hijo de 11 años, Ramsés, están en Sudán, buscando al arqueólogo Willoughby Forth, que desapareció hace 14 años con su nueva mujer. Rescatados en el desierto después de que todos los camellos de su caravana murieran, los Emerson son llevados a una ciudad perdida donde las antiguas costumbres egipcias se han conservado hasta los tiempos modernos. Allí, enredados en la batalla de dos hermanastros por el trono, Amelia y su familia lucharán por la libertad de los esclavos mientras descubren el destino de Forth y su novia y se las arreglan para escapar vivos.

## Libro uno

## Capítulo 1

Con las manos en las caderas y las cejas fruncidas, Emerson estaba mirando fijamente al rumiante tendido. Un amigo simpático (si los camellos tienen tal cosa, algo dudoso) quizás hubiera encontrado consuelo en el hecho de que apenas una onda de arena revuelta rodeaba el lugar de su fallecimiento. Como los otros de la caravana, de los cuales éste era el último, simplemente se había detenido, hundido las rodillas y quedado ahí pacífica y calladamente. (Condiciones, puedo agregar, que no son inusitadas en camellos vivos o moribundos). Esas condiciones son también inusitadas en Emerson. Para los lectores que se han encontrado con mi prestigioso marido, en persona o en las páginas de mis trabajos anteriores, no será ninguna sorpresa saber que reaccionó ante la muerte del camello como si el animal se hubiera suicidado con el único propósito de molestarlo a él. Los ojos le ardían como zafiros en la cara bronceada y cincelada, se arrancó el sombrero de la cabeza, lo lanzó sobre la arena y lo pateó a considerable distancia antes de girar su furiosa mirada hacia mí.

—¡Maldición, Amelia! ¡Te dije que este era un plan descabellado!

—Sí, Emerson, lo hiciste —contesté—. Con esas precisas palabras, si no me equivoco. Si recuerdas nuestra primera discusión sobre esta empresa, recordarás que estuve completamente de acuerdo contigo.

—Entonces que... —Emerson giró en círculo. Ilimitadas y desnudas, como escribía el poeta, las arenas solitarias y lisas se extendían en la lejanía—. ¿Entonces qué demonios hacemos aquí? —bramó Emerson.

Era una pregunta razonable, y una que también se le puede haber ocurrido al lector de esta historia. El profesor Radcliffe Emerson, miembro de la Royal Society, de la Academia Británica, doctorado en derecho por Edimburgo y Oxford, miembro de la Sociedad norteamericana de Filosofía, etcétera, egiptólogo preeminente de esta o cualquier otra era, se encontraba con frecuencia en ambientes inusuales por no decir raros. ¿Olvidaré alguna vez el momento mágico cuando entré en la tumba de los precipicios desolados que bordean el Nilo y lo encontré delirando por la fiebre, con una necesidad tan desesperada de atenciones que no pudo resistirse? El vínculo forjado entre nosotros bajo mis cuidados expertos se fortaleció con los peligros que compartimos posteriormente; y a su debido tiempo, Lector, me casé con él. Desde ese día de gran importancia, habíamos excavado en cada sitio principal de Egipto y escrito extensamente sobre nuestros descubrimientos. La modestia me impide reclamar una cuota demasiado grande de la reputación erudita que habíamos ganado, pero Emerson habría sido el primero en proclamar que éramos una sociedad, tanto en la arqueología como en el matrimonio.

Desde los restos cubiertos de arena de los cementerios de Menfis hasta los precipicios rocosos de la necrópolis de Tebas, habíamos vagado cogidos de la mano (hablando en sentido figurado) por terrenos casi tan inhóspitos como el desierto que actualmente nos rodeaba. Antes, sin embargo, siempre habíamos estado a pocos kilómetros del Nilo y su agua vivificadora. Ahora estaba lejos y no había ninguna pirámide ni una pared rota a la vista, mucho menos un árbol o un signo de vida. ¿Qué hacíamos allí? Sin camellos, estábamos abandonados en un mar de arena y nuestra situación era infinitamente más desesperada que la de los marineros naufragados.

Me senté sobre el suelo con la espalda contra el camello. El sol estaba en su apogeo, la única sombra era la que lanzaba el cuerpo de la pobre bestia. Emerson iba de un la-

do para otro, pateando y creando nubes de arena y jurando. Su pericia en este último ejercicio le había ganado el título admirativo de «Padre de las Maldiciones» por parte de nuestros trabajadores egipcios, y en esta ocasión se superó. Me compadecí de sus sentimientos, pero el deber me obligó a protestar.

—Te olvidas de algo, Emerson —observé, indicando a nuestros compañeros.

Estaban lado a lado mirándome con seria preocupación, y debo decir que formaban una pareja ridícula. Muchos de los pueblos nativos Nilotas son excepcionalmente altos, y Kemit, el único sirviente que nos quedaba, medía más de metro ochenta. Llevaba un turbante y una túnica floja azul y blanca de algodón. La cara con rasgos nítidos, y piel profundamente bronceada. Portaba una llamativa semejanza con la de su compañero, pero el segundo individuo medía menos de un metro veinte. Además era mi hijo, Walter Peabody Emerson, conocido como «Ramsés», quien no debería haber estado allí.

Emerson cortó su obscenidad en mitad de la sílaba, aunque el esfuerzo casi lo ahogó. Todavía con la necesidad de dejar salir sus emociones hirvientes, las enfocó en mí.

—¿Quién seleccionó estos mal... estos malditos camellos?

—Sabes perfectamente bien quién los seleccionó —contesté—. Yo siempre selecciono los animales para nuestras expediciones y los trato también. Las gentes del lugar tratan a los camellos y a los burros tan mal que...

—No me des una de tus conferencias sobre la medicina veterinaria y la bondad hacia los animales —bramó Emerson—. Lo sabía, ¡lo sabía!, tus engaños acerca de tus conocimientos médicos nos dirigirán al desastre algún día. ¿Has estado medicando a estos mald... estos animales confundidos? ¿Qué les diste?

—¡Emerson! ¿Me acusas de envenenar a los camellos? —Luché por superar la indignación que su atroz acusación

había provocado—. Creo que te has vuelto loco.

—Bien, y si lo he hecho tengo alguna excusa —dijo Emerson en un tono más moderado. Se me acercó—. Nuestra situación es lo bastante desesperada para perturbar a cualquier hombre, incluso a uno tan ecuánime como yo. Esto... perdóname, querida Peabody. No llores.

Emerson solo me llama Amelia cuando está molesto conmigo. Peabody es mi apellido de soltera, y fue así como Emerson, en una de sus tentativas débiles de sarcasmo, se dirigió a mí durante los primeros días después de conocerlos. Santificado por los buenos recuerdos ahora se ha convertido en un nombre cariñoso privado, por así decirlo, un indicativo de cariño y respeto.

Bajé el pañuelo que había levantado hasta mis ojos y le sonreí.

—Unos granos de arena en el ojo, Emerson, eso es todo. Nunca me encontrarás sucumbiendo a las lágrimas impotentes cuando se requiere firmeza. Como sabes muy bien.

—Humm —dijo Emerson.

—Da igual, mamá —dijo Ramsés—, papá ha puesto de relieve un punto digno de consideración. Es seguramente una coincidencia muy exagerada hasta el punto de la imposibilidad asumir que todos los camellos mueran de repente y sin ningún síntoma de enfermedad, con un intervalo de cuarenta y ocho horas de uno al otro.

—Te aseguro, Ramsés, que esa consideración ya se me había ocurrido. Corre y trae el sombrero de papá, por favor. No, Emerson, conozco tu antipatía hacia los sombreros, pero insisto en que te lo pongas. Ya estamos en una situación bastante mala sin que te derrumbes por insolación.

Emerson no respondió. Tenía los ojos fijos en la pequeña figura de su hijo, que trotaba obedientemente tras el sacacot, y su expresión era tan conmovedora que bajé los ojos. No era el temor por sí mismo lo que debilitaba a mi marido, ni siquiera su preocupación por mí. Habíamos en-

carado la muerte juntos muchas veces, sabía que podía contar conmigo para enfrentarnos a ese cruel adversario con entereza y una sonrisa. No; era el probable destino de Ramsés lo que provocaba humedad en sus agudos ojos azules. Estaba tan conmovida que juré no recordar a Emerson que era culpa suya que su hijo y heredero hubiera sido condenado a una muerte lenta, prolongada y dolorosa por deshidratación.

—Bien, hemos estado en situaciones peores —dije—. Por lo menos estamos los tres y presumo, Kemit, que no eres extraño al peligro. ¿Alguna sugerencia, amigo mío?

Respondiendo a mi gesto, Kemit se acercó y se agachó a mi lado. Ramsés se agachó inmediatamente también. Había concebido una gran admiración por este hombre taciturno y guapo; y la vista de ellos, como una cigüeña y su polluelo, trajo una sonrisa a mis labios.

Emerson no estaba divertido. Abanicándose con el sombrero, observó sarcásticamente:

—Si Kemit tiene alguna sugerencia que nos pueda sacar de este dilema, me quito el sombrero ante él. Nosotros...

—No puedes quitarte el sombrero hasta que te lo pongas Emerson —interrumpí.

Emerson se puso el ofensivo artículo sobre la cabeza de oscuros rizos rebeldes con tal fuerza que sus pestañas revolotearon desenfrenadamente.

—Como decía, estamos a más de seis días del Nilo a trote de camello; considerablemente más a pie. Si el llamado mapa que tenemos es de fiar, hay un hoyo de agua u oasis adelante. Es un viaje de aproximado de dos días a camello, de los cuales no hay ninguno. Tenemos agua para quizás dos días, con racionamiento estricto.

Fue un resumen exacto y deprimente. Lo que Emerson no dijo, porque el resto de nosotros ya lo sabía, era que nuestra condición desesperada era debida a la desertión de nuestros sirvientes. Se habían marchado, todos juntos, la noche anterior, llevándose con ellos todos los odres de

agua excepto los contenedores parcialmente llenos que teníamos con nosotros en la tienda y la cantimplora que siempre llevo en mi cinturón. Podría haber sido peor, podrían habernos matado. No puedo, sin embargo, atribuirme su tolerancia a la bondad de corazón. La fuerza de Emerson y su ferocidad son legendarias; muchos de los sencillos nativos creen que está armado con poderes sobrenaturales. (Yo misma tengo cierta reputación como *Sitt Hakim*, dispensadora de medicinas misteriosas). En vez de desafiarnos, nos habían robado en mitad de la noche. Kemit declaró que le habían golpeado y dejado inconsciente cuando intentó impedirlo, y de hecho, tenía un gran bulto en la cabeza para probarlo. Yo no podía explicar por qué no se había unido a los amotinados, podría haber sido por lealtad, aunque no nos debía más que los otros, quienes habían trabajado para nosotros desde hace bastante tiempo; o podría haber sido porque no le habían invitado a unirse a ellos.

Había mucho acerca de Kemit que deseaba explicar. Sin expresión, como el pájaro de la nidada al que de algún modo se parecía en este momento, y con las rodillas al nivel de las orejas más o menos, no era en absoluto una figura cómica. Ciertamente, sus rasgos cincelados tenían una dignidad que me recordaba a ciertas esculturas de la Cuarta Dinastía, más especialmente al magnífico retrato del Rey Kefren, el constructor de la Segunda Pirámide. Le había comentado una vez a Emerson esa semejanza; él había contestado que no era sorprendente, puesto que los antiguos egipcios eran de razas mezcladas y algunas de las tribus nubias eran probablemente sus descendientes remotos. (Debo agregar que esta teoría de Emerson, la cual él no consideraba teoría sino un hecho, no era aceptada por la mayoría de sus colegas).

Pero percibo que divago en mi narración del complot, como me inclino a hacer cuando surgen cuestiones de interés erudito. Permita que vuelva las páginas de mi diario y

explique en la sucesión apropiada de tiempo cómo acabamos encontrándonos en un apuro tan extraordinario. No lo hago con la engañosa esperanza de prolongar su ansiedad en cuanto a nuestra supervivencia, querido Lector, pues si tiene la inteligencia que espero que mis Lectores posean, sabrá que yo no podría estar escribiendo esta historia si estuviera en el mismo estado que los camellos.

Debo girar no pocas páginas y llevarle a una tranquila casa de campo en Kent, a cuando el verde de las hojas se convertía en el dorado bronce que presagiaba la cercanía del otoño. Después de haber pasado un ocupado verano enseñando, dando conferencias y preparando la publicación de las excavaciones de nuestra temporada anterior, estábamos a punto de comenzar los preparativos para los trabajos anuales de invierno en Egipto. Emerson estaba sentado detrás de su escritorio, yo caminaba vigorosamente de aquí para allá con las manos a la espalda. El busto de Sócrates, extrañamente moteado con negro, ya que era el busto al que Emerson acostumbraba lanzar su pluma cuando la inspiración flojeaba o sucedía algo que le irritaba, nos observaba benévolutamente.

El tema de discusión, o eso creía yo cariñosamente, era el futuro desarrollo intelectual de nuestro hijo.

—Simpatizo completamente con tus reservas respecto al sistema público escolar, Emerson —le aseguré—. Pero el chico debe tener alguna formación formal, en algún lugar, alguna vez. Está creciendo como un pequeño salvaje.

—No seas injusta, querida —murmuró Emerson, ojeando el periódico.

—Ha mejorado —admití—. No habla tan alto como acostumbraba y ni su vida ni sus miembros han corrido peligro durante varias semanas. Pero no tiene ni idea de cómo tratar con niños de su misma edad.

Emerson levantó la mirada y frunció las cejas.

—Ahora, Peabody, ese no es el caso. El último invierno, con los niños de Ahmed...

—Hablo de niños ingleses, Emerson. Naturalmente.

—No hay nada natural en los niños ingleses. Por Dios, Amelia, nuestras escuelas públicas tienen un sistema de castas más pernicioso que el de la India, y abusan de los de las clases inferiores más brutalmente que de los intocables. En cuanto a «llevarse bien» con miembros del otro sexo, ¿no quieres decir, espero, que excluya a las niñas de las conexiones sociales de Ramsés? Bien, te aseguro que eso es precisamente lo que tus preciosas escuelas públicas se proponen lograr. —Al calentarse el tema Emerson se levantó, dispersando papeles en todas direcciones, y comenzó a ir de un lado para otro en un sendero en ángulo recto al mío —. Maldición, a veces me pregunto cómo han logrado reproducirse las clases altas de este país. ¡Cuando un muchacho deja la universidad está tan intimidado por las chicas de su propia clase que le resulta casi imposible hablar con ellas con frases inteligibles! Si lo hiciera, no recibiría una respuesta inteligible, a causa de la educación de las mujeres, si es que se le puede dar ese término. Oof. Disculpa, querida. ¿Estás herida?

—En absoluto. —Acepté la mano que me ofreció para ayudarme a levantarme—. Pero si insistes en caminar mientras sermoneas, por lo menos camina conmigo en vez de en ángulo recto a mí. El choque fue inevitable.

Una sonrisa resplandeciente reemplazó su ceño y me arrastró a un abrazo cariñoso.

—Solo ese tipo de choque, espero. Vamos, Peabody, sabes que estamos de acuerdo en las insuficiencias del sistema de enseñanza. No quieres romper el espíritu del muchacho ¿verdad?

—Solo quiero domarlo un poco —murmuré.

Pero es difícil resistirse a Emerson cuando sonríe y... no importa lo que hace, cuando digo que los ojos de Emerson brillan como los zafiros, que su cabello es negro y espeso, que su cuerpo está tan en forma y es tan musculoso como los de los atletas griegos, por no mencionar la grieta o el

hoyuelo en su mentón o el entusiasmo con que lleva a cabo el ejercicio de sus derechos conyugales... Bien, no necesito ser más específica, estoy segura que cualquier mujer sensata comprenderá por qué el tema de la educación de Ramsés dejó de interesarme.

Después de que Emerson volviera a sentarse y hubiera recogido el periódico, volví al tema, pero de un humor considerablemente más suave.

—Mi querido Emerson, tus dotes de convicción, es decir, tus argumentos, son muy convincentes. Ramsés podría ir a la escuela de El Cairo. Hay una nueva Academia para jóvenes caballeros con buenos informes y dado que excavaremos en Sakkara...

El periódico detrás del que Emerson se había retirado zumbó con fuerza. Dejé de hablar, embargada por una horrorosa premonición, aunque, como los acontecimientos demostraron, no fue lo bastante horrorosa.

—Emerson —dije suavemente—, ¿has solicitado la concesión, verdad? Seguro que no repetirías el error que cometiste hace unos años cuando descuidaste solicitarla a tiempo, y en su lugar recibimos el permiso para trabajar en Dahshoor, donde acabamos en el lugar más aburrido e improductivo de todo el Bajo Egipto. ¡Emerson! ¡Deja ese periódico y contéstame! ¿Has obtenido permiso del Departamento de Antigüedades para excavar en Sakkara esta temporada?

Emerson bajó el periódico y se estremeció al encontrar mi cara a centímetros de la suya.

—Kitchener —dijo—, ha tomado Berber.

Me resulta inconcebible que las futuras generaciones fallen en darse cuenta de la vital importancia del estudio de la historia, o que los británicos ignoraran uno de los capítulos más notables del desarrollo de su imperio. Pero cosas más extrañas han sucedido; y en caso de tal catástrofe (porque no lo llamaría nada menos), ruego que mis Lectores re-

cuerden los hechos que deberían ser tan familiares para ellos como lo son para mí.

En 1884, cuando realicé mi primera visita a Egipto, la mayor parte de los ingleses persistían en ver a *el Mahdi* como otro fanático religioso harapiento, a pesar de que sus seguidores ya hubieran invadido la mitad de Sudán. Este país, que abarcaba la región de las cataratas rocosas de Assouan hasta las selvas al sur de la unión del Nilo Azul y el Blanco, había sido conquistado por Egipto en 1821. Los *Pachás*, que no eran egipcios sino descendientes de un aventurero albanés, habían continuado gobernando la región aún más corrupta e ineficazmente que en Egipto. La intervención benévola de los grandes poderes (especialmente Gran Bretaña) rescató a Egipto del desastre, pero los asuntos continuaron empeorando en Sudán hasta que Mohammed Ahmed Ibn el-Sayyid Abdullah se proclamó *el Mahdi*, la reencarnación del Profeta, y reunió a las fuerzas de rebelión contra la tiranía y el desgobierno egipcios. Sus seguidores creyeron que era el descendiente de una línea de jeques; sus enemigos se mofaron de él como un pobre constructor de barcos ignorante. Fuera cuales fueran sus orígenes, poseía una personalidad extraordinariamente magnética y un notable don para la oratoria. Armadas solo con palos y lanzas, sus variopintas tropas habían barrido a todos ante ellos y amenazaban la capital sudanesa de Jartum.

A la figura de *el Mahdi* se oponía la del heroico General Gordon. En los albores de 1884 había sido enviado a Jartum para organizar la retirada de las tropas acuarteladas allí y en el cercano fuerte de Omdurman. Había mucho sentimiento del público contra esta decisión, puesto que abandonar Jartum significaba abandonar todo el Sudán. Gordon fue acusado, entonces y más tarde, de no querer conformarse con sus órdenes; sean cuales fueran sus razones para retrasar la retirada, hizo justamente eso. En el otoño de 1884, cuando llegué a Egipto, Jartum estaba sitiado por las hordas salvajes de *el Mahdi*, y todo el país circundante,

hasta las fronteras de Egipto, estaba en manos de los rebeldes.

El valeroso Gordon retuvo Jartum, y la opinión pública inglesa dirigida por la Reina exigió su rescate. Finalmente se envió una expedición, pero no alcanzó el sitio de la ciudad hasta febrero del año siguiente, tres días después de que Jartum cayera y el valeroso Gordon fuera decapitado en el patio de su casa. ¡Demasiado tarde! fue el grito agónico de Britania. Irónicamente, *el Mahdi* sobrevivió a su gran enemigo menos de seis meses, pero su lugar fue ocupado por uno de sus tenientes, el *Khalifa* Abdullah el-Taashi, quien gobernó aún más tiránicamente que su maestro. Durante una década la tierra había gemido bajo sus crueldades, mientras el león inglés se lamía sus heridas y se negaba a vengar al héroe caído.

Las razones políticas, económicas y militares, que llevaron a la decisión de reconquistar Sudán son demasiado complejas para discutir las aquí. Es suficiente decir que la campaña empezó en 1896 y que para el otoño del año siguiente nuestras fuerzas avanzaban hacia la Cuarta Catarata bajo el mando del valeroso Kitchener, que había sido nombrado *Sirdar* del ejército egipcio.

Pero quizá alguien se pregunte, ¿qué tienen que ver esos asuntos asombrosos con los planes invernales de una pareja de inocentes egiptólogos? Conocía la respuesta demasiado bien, y me hundí en una silla al otro lado del escritorio.

—Emerson —dije—. Emerson. Te lo ruego. No me digas que quieres excavar en Sudán este invierno.

—¡Mi querida Peabody! —Emerson lanzó el periódico a un lado y fijó el poder de su mirada brillante sobre mí—. Sabes, mejor que nadie, que he querido excavar en Napata o Meroe durante años. Lo habría abordado el año pasado si no hubieras montado tal jaleo o si hubieras consentido en quedarte en Egipto con Ramsés mientras lo hacía.

—Y esperar para saber que habían puesto tu cabeza en una pica, como hicieron con la de Gordon —murmuré.

—Tonterías. No habría estado en ningún peligro. Algunos de mis mejores amigos fueron seguidores de *el Mahdi*. Pero qué más da —continuó rápidamente para anticiparse a la protesta que yo estaba a punto de hacer, no por la verdad de esa declaración pues Emerson tenía amigos en lugares muy extraños, sino por el sentido común de su plan—. La situación es enteramente diferente ahora, Peabody. La región alrededor de Napata ya está en manos egipcias. Al ritmo que va Kitchener tomará Jartum cuando alcancemos Egipto, y Meroe, el sitio que quiero, está al norte de Jartum. Será bastante seguro.

—Pero Emerson...

—Pirámides, Peabody. —La voz profunda de Emerson cayó hasta ser un seductor gruñido de barítono—. Pirámides reales, sin tocar por ningún arqueólogo. Los faraones de la Vigésimo Quinta Dinastía fueron Nubios, soldados orgullosos y viriles que se fueron del sur para conquistar a los gobernantes degenerados de un Egipto decadente. Estos héroes fueron enterrados en su patria de Cush, anteriormente Nubia, ahora Sudán...

—Sé todo eso, Emerson, pero...

—Después de que Egipto perdiera su independencia a manos de los persas, los griegos, los romanos y los musulmanes, un reino poderoso prosperó en Cush —continuó Emerson de forma poética y un poco errónea—. La cultura egipcia sobrevivió en esa tierra lejana, la misma región, según creo, de la que había surgido originalmente. ¡Piensa en ello, Peabody! Investigar no solo la continuación de esa civilización poderosa, sino quizá sus raíces también...

La emoción lo abrumó. Su voz falló, los ojos se le pusieron vidriosos.

Solo había dos cosas que podían reducir a Emerson a tal estado. Una era la idea de ir a donde ningún erudito había ido ante que él, ser el descubridor de nuevos mundos,